

por efecto de un exceso de tráfico y de especulación, quedan sin ocupación muchos patrones, dependientes y operarios. Preciso es que esperen á que lleguen mejores tiempos. Pero en el interin, ¿cómo vivirán? Si no han acumulado algunos ahorros, y nada han guardado, estarán relativamente faltos de todo.

Hasta las fábricas de algodón cooperativas, ó los bancos cooperativos, que no son otra cosa que compañías por acciones, limitadas (1), pueden quebrar. Pueden muy bien no poder competir, como sucedió durante la gran carestía de algodón, con los grandes capitalistas en la compra de algodón, ó en la producción del estambre de algodón. Las compañías cooperativas establecidas con el propósito de fabricar, son de un carácter demasiado especulador probablemente para poder dar un beneficio duradero á las clases trabajadoras; y parece que el camino más seguro para ellas en épocas como la actual, es el ahorrar sencilla y directamente. Podrá haber menos probabilidad de ganancia, pero hay menos riesgo de perder. Lo que se pone de lado no está encerrado y es un contingente para su productividad en la época del tráfico, sino que se está aumentando constantemente, y siempre se halla pronto y á mano para ser usado cuando ocurre la adversidad ó algún caso de urgente necesidad.

El señor Bright expuso en la cámara de los Comunes, en 1860 (2), que los ingresos de las clases trabajadoras eran calculados por lo bajo en trescientos doce millones de libras ester-

1) Las nuevas fábricas de algodón que han sido llamadas cooperativas, y que con ese nombre han reunido un gran número de accionistas de las clases asalariadas, son ahora en realidad compañías comunes por acciones, con responsabilidad limitada. Los llamados accionistas cooperativos en los principales establecimientos resolvieron, según se me ha informado, por grandes mayorías, que á los operarios sólo se les pagara salarios en el modo acostumbrado, y que no participaran de las ganancias. Siendo los salarios por trabajo de obra, se sostuvo que el pago era de conformidad con el principio comunista: á cada uno conforme á su capacidad, á cada uno conforme á su trabajo. El tejedor común no había tenido parte en el trabajo de la dirección general, ni había probado ninguna de las aptitudes de ahorro ó de previsión del capitalista; y ¿por qué había de participar de las ganancias como si lo hubiera hecho? Las clases asalariadas en su capacidad de accionistas, resolvieron que era una reclamación injusta sobre sus ganancias, y las mantuvieron sin repartir para sí. » *Edwin Chadwick, C. B.*

(2) Discurso con motivo de la presentación del *People Bill* (la ley popular).

CAPÍTULO VIII.

BANCOS DE AHORRO.

Quisiera poder escribir de un extremo al otro del firmamento, en letras de oro, estas únicas palabras: BANCO DE AHORROS.
REV. GUILLERMO MARSH.

El único secreto verdadero para ayudar á los pobres, es hacerlos agentes que puedan mejorar su propia condición.
EL ARZOBISPO SUMNER.

El que á los veinte no sabe, á los treinta no puede y á cuarenta no tiene, nunca sabrá, podrá ni tendrá.
Proverbio francés.

Mira á la hormiga, holgazán: observa sus modos, y sé sabio: la que no teniendo guía, director ó gobernante, provee su comida en el verano, y reúne su alimento en la cosecha.
Proverbios, VI, 6.

Se dice que en toda casa hay un esqueleto. Al esqueleto se le encierra bajo llave, guardado en una alacena y rara vez se le ve. Sólo las personas de la casa conocen su existencia. Pero el esqueleto, no puede estar oculto mucho tiempo. Sale á luz de un modo ó de otro. El esqueleto más común es la pobreza. La pobreza, dice Douglas Jerrold, es el secreto que la mitad de la sociedad oculta con gran trabajo á la otra mitad. Cuando nada se ha economizado, que no se ha ahorrado para aliviar la enfermedad cuando viene, nada para socorrer las necesidades de la ancianidad, ahí está el esqueleto escondido en muchas alacenas.

En un país como este, donde los negocios llegan á estancarse

linas al año." Teniendo presente el aumento de salarios que ha tenido lugar durante los últimos quince años, debe haber subido ahora su entrada á cuatrocientos millones por lo menos. Seguramente que de este gran fondo de ganancias, podrían economizar fácilmente las clases trabajadoras de treinta á cuarenta millones al año. En todo caso, podrían economizar una cantidad que, usada convenientemente y economizada debidamente, no podría dejar de colocar á gran número de ellos en circunstancias de comodidad, *confort* y hasta de una riqueza relativa.

Los ejemplos que ya hemos citado de personas de las clases modestas de la sociedad, que han acumulado con prudente previsión una cantidad considerable de ahorros para beneficio de sus familias, y como una reserva para su ancianidad, no deben ser en manera alguna, casos en cierto modo excepcionales como lo son ahora. Lo que una persona ordenada puede hacer, podrían realizarlo otros de una manera ó de otra con igual facilidad, influidos por iguales móviles de confianza en sí mismos, y practicando igual sobriedad y frugalidad. Un hombre que tiene consigo más dinero de lo que necesita para las cosas indispensables, se siente inclinado á gastarlo. Para usar una frase común, puede *quemarle un agujero en su bolsillo*. Puede ser atraído fácilmente á compañías de otros, y donde su hogar no da sino pocas comodidades, siempre está pronto á darle la bienvenida la taberna con su alegre fuego.

Acontece á menudo que los operarios pierden su empleo en los *malos tiempos*. Las empresas mercantiles quiebran, los dependientes y los sirvientes son despedidos porque sus patrones ya no tienen empleo que darles. Si las personas sin empleo han tenido el hábito de gastar siempre todos sus sueldos y salarios, sin ahorrar nada, su condicion es uno de los estados más dignos de lástima que uno se puede imaginar. Pero si han economizado algo, en su casa ó en el banco de ahorros, podrán amortiguar su caída. Lograrán un aplazamiento, un tiempo de respiro hasta que vuelvan á conseguir ocupación. Suponed que tengan ahorradas unas diez libras esterlinas. Podrá parecer una suma pequeña; sin embargo, equivale á mucho en días de escasez.

Puede hasta llegar á ser el pasaporte de un hombre hacia su futura independencia.

Con diez libras esterlinas, puede mudarse un operario de un distrito á otro donde la ocupación fuera más abundante. Con diez libras esterlinas podrá emigrar al Canadá ó á los Estados Unidos, donde su trabajo pudiera ser solicitado. Sin este pequeño capital ahorrado, podría estar adherido al lugar de su nacimiento como el musgo á la roca. Si fuese hombre casado y con familia, salvarian sus diez libras del naufragio á su hogar, y á su casa del desamparo. Sus diez libras alejarían al lobo de su puerta hasta que volviesen mejores días. Diez libras salvarían á más de una sirvienta de su ruina, la darían tiempo para recobrar su salud gastada quizá por demasiado trabajo, y la pondrían en estado de buscar una colocación conveniente, en vez de tomar atropelladamente la primera que se le presenta.

No apreciamos el dinero nada más que por él, y seríamos los últimos en estimular un misero deseo de atesorar en cualquiera de las clases sociales, pero no podemos dejar de reconocer en el dinero los medios de vivir, los medios para obtener comodidades, los medios para sostener una independencia honrada. Por eso recomendamos, siempre, á todo hombre joven y á toda mujer joven, que principiaran su vida aprendiendo á economizar, que guardaran para el porvenir cierta cantidad que ganasen cada semana, sea poco ó sea mucho, que eviten gastar cada semana ó cada año todo lo que ganen en esa semana ó en ese año, y les aconsejamos que hagan esto, como evitarían los horrores de la dependencia, del desamparo ó de la mendicidad. Quisiéramos que los hombres y las mujeres de todos los rangos pudieran ayudarse á sí mismos, que confiaran en sus propios recursos, en sus propias economías; porque es una gran verdad que "un penique en el bolsillo es mejor que un amigo en la corte." El primer penique ahorrado es un paso en el mundo. El hecho de ser economizado y guardado, indica abnegación de sí mismo, previsión, prudencia, sabiduría. Puede ser el germen de la felicidad futura. Puede ser el principio de la independencia.

Cobbelt tenía costumbre de burlarse de la "engañifa" de los bancos de ahorro, sosteniendo que era un insulto hecho á los individuos el decirles que tenían algo que ahorrar. Sin embargo, la amplitud con que *han* sido usados los bancos de ahorros, hasta por las clases más humildes, prueba que estaba tan equivocado en esto como en muchas otras de las cosas que sostenía. Hay millares de personas que probablemente nunca hubieran pensado en guardar ni un penique, si no hubiese sido por la facilidad de los bancos de ahorros: ¡habría parecido tan inútil sólo el intentar hacerlo! La pequeña cantidad de dinero guardado en el armario estaba demasiado á la mano, y muy luego habría sido gastada antes que pudiese llegar á formar una suma cualquiera que valiera la pena, pero no bien inventó un lugar de depósito, donde se podían colocar hasta sumas tan pequeñas como un chelín, cuando ya las personas se apresuraron á aprovecharse de ello.

El primer banco de ahorros fué establecido por la señorita Priscila Wakefield, en la parroquia de Tottenham, M. d. llesex, hacia fines del siglo pasado, siendo su principal propósito estimular la sobriedad de los niños pobres. La prueba resultó tan llena de éxito, que en 1799 principió el reverendo José Smith, de Wendon, un plan para recibir pequeñas cantidades de sus parroquianos durante el verano, devolviéndolas en Navidad con el aumento de un tercio, como estímulo á la prudencia y la previsión. La señorita Wakefield siguió á su vez el ejemplo del señor Smith, y en 1804 extendió el plan de su banco de caridad, de modo que incluía á trabajadores adultos, sirvientas y otras personas. Otra institución análoga se fundó en Bath, en 1808, por algunas señoras de aquella ciudad, y por la misma época propuso el señor Whitbread al Parlamento, la formación de una institución nacional "de la naturaleza de un banco, para el uso y beneficio de las clases trabajadoras tan solamente;" pero nada resultó de su proyecto.

Sólo fué cuando el reverendo Enrique Dúncan, el sacerdote de Ruttwell, pobre parroquia del condado de Dumfries, tomó el asunto á su cargo, cuando el sistema de bancos de ahorros

puede decirse con propiedad que fué inaugurado. Los habitantes de esa parroquia eran en su mayor parte aldeanos, payos, cuyos salarios por término medio eran como de unos ocho chelines por semana. No había fábricas en aquel distrito, ni medios de subsistencia para la población, excepto lo que se sacaba del cultivo de la tierra, y los propietarios en su mayor parte no eran residentes fijos. Parecía un lugar muy poco á propósito para establecer un banco de ahorros, donde la gente pobre ya estaba obligada á esforzar todos sus nervios para ganar apenas con que vivir, proveer los medios de educar á sus hijos (porque por pequeña que sea la entrada que tenga el aldeano escocés, casi invariablemente se arregla para economizar algo con qué poder mandar á sus hijos á la escuela), y para abonar sus pequeñas cuotas á la *Sociedad Amiga*, de su parroquia. Con todo, resolvióse el sacerdote á hacer el experimento, como una ayuda á sus instrumentos espirituales.

Quizá no comprendan muchos labradores los profundos argumentos del maestro religioso, pero el menos inteligente puede apreciar parte del consejo práctico que se relaciona con el bienestar de su hogar y con la comodidad diaria y el respeto propio del labrador. El doctor Dúncan sabía que hasta en la familia más pobre había pequeñas entradas fácilmente deshechas en gastos innecesarios. Vió á algunos aldeanos económicos que se valían del expediente de una vaca, ó de un cerdo, ó de un pedacito de terreno de huerta, como de un banco de ahorros, contrando su ganancia de interés en forma de manteca y leche, carne de cerdo para el invierno, ó los productos de las hortalizas; y se le ocurrió que había otros aldeanos, solteros, y mujeres jóvenes, para quienes se podría proveer algún modo análogo de guardar sus economías del verano, dándoles también su pequeño interés sobre el capital invertido.

De ahí surgió el banco de ahorros parroquial de Ruthwell, la primera institución de esa clase que se sostenía por sí misma establecida en este país. Que el sacerdote no estaba equivocado en sus proyectos, quedó probado por el hecho de que en el transcurso de cuatro años, llegó el fondo de su banco de ahorros

á cerca de mil libras esterlinas. Y si esta suma la podían poner de lado los pobres aldeanos, de los ocho chelines que ganaban por semana, y las trabajadoras y sirvientas que lo hacían, de mucho menos, ¿qué no podrían realizar los maquinistas, artesanos, mineros, y trabajadores en hierro, que ganan desde treinta hasta cincuenta chelines por semana durante todo el año?

El ejemplo dado por el doctor Dúncan fué seguido en muchos pueblos y distritos de Inglaterra y de Escocia. En todos los casos fué observado el modelo del banco parroquial de Ruthwell; y adoptado el principio del sostenimiento propio. Los bancos de ahorros fundados así, no eran instituciones de beneficencia, ni dependían de la caridad ni patronazgo de nadie, sino que su éxito descansaba por completo sobre los mismos depositantes. Estimulaban á las clases industriosas á confiar en sus propios recursos, á practicar la previsión y la economía en su manera de vivir, á estimar el respeto propio y la dependencia de sí mismo, y á proveer para sus comodidades y el sostén de su ancianidad, por el cuidadoso uso de los productos de su laboriosidad, en vez de tener que confiar para su ayuda en la ingrata dádiva ó limosna de una poco envidiable contribución de los pobres.

El establecimiento de los bancos de ahorros con estos fines llegó al cabo á ser reconocido como un asunto de interés nacional, y en 1817 pasó un Acta que sirvió para aumentar su número y extender su utilidad. De entonces acá han sido adoptadas varias medidas con el propósito de aumentar su eficacia y su seguridad. Pero á pesar de lo mucho bueno que han realizado estas instituciones, es aún obvio que la clase de operarios mejor pagada sólo se aprovecha de ellas en muy limitada proporción. Una pequeñísima parte de los cuatrocientos millones en que se estima lo que ganan anualmente las clases trabajadoras, halla camino para ir á los bancos de ahorros, mientras que, á lo menos veinte veces más de esa cantidad corre á gastarse anualmente en las cervecerías y en las tabernas.

No son los operarios y operarias que reciben elevados salarios los que colocan dinero en los bancos de ahorros, sino aquellos que perciben una entrada relativamente baja. Así, por

ejemplo, la clase más numerosa de depositantes en el « Banco de Ahorros de Manchester y Salford » es la de los sirvientes ó criados domésticos. Después de ellos vienen los escribientes, los dependientes de tienda, los mozos de cordel, y los mineros. Únicamente una tercera parte, poco más ó menos, pertenece á los operarios, artesanos y maquinistas. Lo mismo acontece generalmente en los distritos fabriles. Hace algunos años que se vió que de las numerosas depositantes de Dundee, solamente una era obrera de fábrica: el resto, en su mayor parte, sirvientas.

Hay otro hecho notable. El hábito de ahorrar no prevalece tanto en los condados en que los salarios son mayores, como en aquellos en que los salarios son más bajos. Antes de la era de los bancos de ahorros del correo, depositaban los habitantes de Wilts y Dorest — donde los salarios son los más bajos de Inglaterra — más dinero en los bancos de ahorros, por cabeza de población, de lo que hacían en los condados de Lanca y de York, en donde los salarios son quizá los más altos de Inglaterra. Tomando el mismo condado de York y dividiéndolo en fabril y en agricultor, han colocado, por cabeza de población, los habitantes trabajadores de fábricas del distrito occidental de York, unos veinte y cinco chelines en los bancos de ahorro mientras que la población agrícola del distrito oriental ha colocado tres veces más que esa cantidad.

Á los soldados rasos se les pagan sueldos semanales mucho menores que el que recibe el operario peor retribuido, y, sin embargo, colocan más dinero en los bancos de ahorros que los operarios que ganan de treinta á cuarenta chelines por semana. Á los soldados se les cree generalmente una clase irreflexiva. En verdad, algunas veces se les considera dignos de odiosidad por atolondrados y disolutos, pero los informes de los bancos de ahorros militares refutan ese cargo, y prueban que el soldado inglés es tan sobrio, bien disciplinado y frugal, como valiente le conocemos. La mayor parte de las personas olvidan que el soldado tiene que ser obediente, sobrio y honrado. Si es borracho, se le castiga; y si no es honrado, se le expulsa ignominiosamente del regimiento.

¡Maravillosa es la magia de la disciplina! El ejercicio significa disciplina, enseñanza, educación. El primer ejercicio de todo pueblo es militar. Ha sido la primera educación de las naciones. El deber de la obediencia se enseña de esa manera en grande escala, la sumisión á la autoridad; la acción unida bajo una sola cabeza común. Estos soldados, que están prontos á marchar serena y tranquilamente contra el fuego de la fusilería, contra los cañones, á trepar elevadas fortificaciones, ó á dar sus pechos contra las erizadas bayonetas, como lo hicieron en Badajoz, fueron antes sastres, zapateros, maquinistas, trabajadores de la tierra, tejedores y labradores: con bocas abiertas, espaldas encorvadas, arrastrando los pies, colgando á sus lados los brazos y las manos como grandes aletas de pescado; pero ahora es firme y marcial su paso, sus cabezas están erguidas, y marchan al son de la música, con un paso que hace estremecer la tierra. Tal es el maravilloso poder del ejercicio.

Conforme se civilizan las naciones adoptan otros métodos de disciplina. El ejercicio se hace industrial. La conquista y la destrucción dan paso á la producción en diversas formas. Y ¡qué troféos ha ganado la industria, qué habilidad ha practicado, qué trabajos ha ejecutado! Toda operación industrial es ejecutada por bandas de artesanos ejercitados. Id al condado de York y al de Lanca, y encontraréis trabajando á numerosos operarios ejercitados, en quienes la disciplina es perfecta, y los resultados son prodigiosos por lo que se refiere á la cantidad de productos fabricados que salen de sus manos.

Depende por completo del ejercicio y la disciplina eficientes, el éxito de los hombres como individuos, y como sociedades. El hombre más dependiente de sí mismo está bajo la disciplina, y cuanto más perfecta es la disciplina, tanto más completa es su condición. Un hombre debe disciplinar sus deseos, y mantenerlos en sujeción, debe obedecer la voz de mando, de lo contrario es juguete de la pasión y del impulso. La vida del hombre religioso está llena de disciplina y refrenamiento personal. El hombre de negocios está completamente sujeto al sis-

tema y á la regla. El hogar más feliz es aquel en que la disciplina es más perfecta, y donde, sin embargo, es menos sentida. Á la larga llegamos á sujetarnos á ella como á una ley de naturaleza, y á pesar de ligarnos firmemente, no lo sentimos. La fuerza del hábito sólo es la fuerza del ejercicio.

En estos días apenas se atreve uno á aludir á la necesidad de la conscripción compulsoria; y, sin embargo, si el pueblo en general fuese obligado á pasar por la disciplina del ejército, el país sería más fuerte, los individuos serían más sobrios, y el ahorro se haría mucho más habitual de lo que es.

Los bancos de ahorros militares fueron ideados primeramente por el pagador Fairfowl en 1816, y unos diez años más tarde fué renovada la cuestión por el coronel Oglander, del 26 de infantería (Cameronianos). El asunto sometido al difunto duque de Wellington, fué rechazado; el duque hizo el siguiente memorandum sobre el asunto: "Nada existe que pueda impedir á un soldado, al igual de los demás súbditos de Su Majestad, colocar su dinero en los bancos de ahorros. Si hay algún impedimento, debe hacerse á un lado, pero dudo que haya conveniencia en ir más allá."

Parece, sin embargo, que al duque se le ocurrió que la propuesta para facilitar el ahorro de dinero por soldados rasos podría aprovecharse para hacer una reducción en el gasto del ejército, y añadió: "¿Tiene un soldado más paga de la que necesita? Si la tiene, debe serle rebajada, no á aquellos que ahora están en el servicio, sino á aquellos que se enganchen en lo sucesivo." Ni uno, sin embargo, podrá alegar que el prest del soldado raso sea excesivo, y no era posible que se sostuviera ninguna propuesta para rebajarlo.

El asunto de los bancos de ahorros para el ejército quedó en suspenso por algún tiempo, pero con la ayuda de sir Jaime M. Gregor y lord Howick fué aprobado al cabo un plan y establecido finalmente en 1842. El resultado ha sido satisfactorio en un grado eminente, y dice mucho en favor del carácter del soldado inglés. Resulta de un documento presentado a la cámara de los Comunes hace algunos años, dando los detalles del

ahorro efectuado por los cuerpos respectivos, que los individuos de la artillería real habían ahorrado veinte y tres mil libras esterlinas, ó sea un promedio de 16 libras por cada depositante. Estos ahorros eran hechos de un prest diario de un chelín, tres peniques, y un penique para dinero de cerveza, ó igual á unos nueve chelines y seis peniques por semana, sujetos á varias rebajas por ropa de más que la común. Además, los individuos del cuerpo de ingenieros reales, salidos en su mayor parte de la diestra clase de mecánicos, habían ahorrado cerca de doce mil libras, ó sea un promedio de unas veinte libras por cada depositante. El regimiento 26 de línea (Cameronianos), cuyo prest diario era de un chelín y un penique para cerveza, ahorró más de cuatro mil libras esterlinas. Los ciento cincuenta hombres del primer batallón, ó una tercera parte del cuerpo, eran imponentes del banco de ahorros, y sus economías ascendían á unas diez y siete libras por cada hombre.

Pero no es eso todo. Los soldados rasos tienen la costumbre de enviar de sus pequeñas entradas sumas considerables por medio del Correo á sus parientes pobres en su pueblo. En un año fueron enviadas de ese modo, de Aldershot, veinte y dos mil libras, siendo la suma de cada orden de envío, promedio de veinte y un chelines y cuatro peniques. Y si individuos que sólo tienen siete chelines y siete peniques por semana pueden hacer tanto, ¿qué no podrían hacer los operarios hábiles, cuyos salarios alcanzan á dos ó tres libras semanales?

Los soldados, mientras han estado sirviendo fuera de Inglaterra durante difíciles campañas, se han manifestado igualmente cuidadosos y previsores. Durante la guerra de Crimea enviaron á sus casas los soldados y marinos setenta y un mil libras esterlinas por medio de la oficina de giros, y el cuerpo de trabajadores del ejército, treinta y cinco mil libras. Más de un año antes de que fuera establecido el sistema de giros en Escutari, se hizo cargo la señorita Nightingale de los ahorros de los soldados. Los encontró muy dispuestos á limitar sus propias comodidades y goces, por amor á otros seres que les eran queridos, como así mismo para su propio bienestar

futuro, y consagró una tarde todas las semanas para recibir y enviar sus ahorros á Inglaterra. De este modo envió muchos miles de libras esterlinas, y eran repartidas por un amigo de Londres, muchas de ellas á los más lejanos rincones de Escocia y de Irlanda. Esto fué un testimonio evidente de que la semilla había caído en buen terreno (y también de la puntualidad del correo), pues de todo el número de envíos, sólo uno no acusó el debido recibo.

Además, no hay un solo regimiento que regrese de la India, que no traiga consigo una cantidad de ahorros. En el año 1860, después de la insurrección, fueron remitidas más de veinte mil libras por cuenta de individuos invalidados que regresaban á Inglaterra; había otros ocho regimientos además de aquel, que trajeron balances á su favor en los bancos de los regimientos, ascendiendo á libras esterlinas 40.499 (1). El más alto era el ochenta y cuatro, cuyos ahorros subían á libras esterlinas 9.718. El setenta y ocho (*Ross-shire Buffs*), los héroes que siguieron á Havelock en su marcha sobre Lucknow, ahorraron libras esterlinas 6.480; y el valiente treinta dos, quien defendió á Lucknow á las órdenes de Inglis, ahorró libras esterlinas 5.263. El ochenta y seis, el primer batallón de diez, y el nueve de dragones, trajeron todos una cantidad de ahorros que manifestaban la previsión y economía, que reflejaba sobre ellos la más elevada honra como hombres lo mismo que como soldados (2).

Y sin embargo, los soldados rasos no depositan todos sus ahorros en los bancos de ahorros militares, especialmente cuando pueden tener acceso á bancos de ahorros ordinarios. Se nos asegura que muchas de las tropas de guarnición en Londres depositan sus economías en los bancos de ahorros más bien que en los bancos del regimiento; y cuando en

(1) Las sumas enviadas á Inglaterra por los soldados que estaban sirviendo en las Indias, á favor de amigos y parientes, no están incluidas en estas cantidades, siendo hechos directamente los envíos por los pagadores de los regimientos, y no por medio de los bancos de ahorros.

(2) La suma del fondo para los « Bancos de Ahorros Militares » el 5 de Enero de 1876 era de libras esterlinas 338,350.

oportunidad reciente, se quiso averiguar la causa de esto, contestaron que: "Yo no quisiera que mi sargento supiera que estoy ahorrando dinero." Pero á más de esto, también quisiera el soldado raso que sus compañeros tampoco supiesen que estaba ahorrando dinero; porque el soldado despilarrado, lo mismo que el obrero pródigo, cuando ha gastado todo lo suyo, está dispuesto á establecer una especie de derecho á pedir prestado de los fondos de sus camaradas más económicos.

El mismo sentimiento de desconfianza impide con frecuencia al operario imponer su dinero en los bancos de ahorro ordinarios. No quieren que sus patrones sepan que hacen ahorros, creyendo que esto podría hacer que aquellos quisieran bajar los salarios. Un operario de un pueblo del condado de York, que había resuelto hacer un depósito en el banco de ahorros, del cual era uno de los directores su patrón, fué repetidas veces á observar á la puerta del banco, hasta que se aseguró que su patrón estaba ausente, y sólo depositó su dinero, después de varias semanas de espera, cuando se hubo convencido de esta circunstancia.

Los mineros de Bilston, por lo menos aquellos de entre ellos que colocan dinero en los bancos de ahorros, tenían la costumbre de depositarlo con otro nombre que el propio, y no dejaban de tener razón. Porque algunos de sus patrones eran efectivamente opuestos á la institución de bancos de ahorros, temerosos de que los operarios echarían mano de sus ahorros para mantenerse en la época en que fuesen despedidos; sin reflexionar que la mejor garantía de la estabilidad de estos hombres, está en sus depósitos del banco de ahorros. El señor Baker, inspector de factorías, ha dicho "que la suprema locura de una huelga está puesta de manifiesto por el hecho de que rara vez ó nunca se ve á su cabeza á un operario rico."

Un magistrado de Bilston, que no está en relación con el empleo de operarios, ha referido el siguiente caso: "Conseguí, dice, que un operario principiara á depositar en el banco de ahorros. Fué allí casi contra su voluntad. Los depósitos

fueron muy pequeños, aunque yo sabía que sus ganancias eran grandes. Le estimulé expresando mi satisfacción al ver el curso que seguía. Sus depósitos se hicieron mayores, y al cabo de cinco años retiró el capital que había acumulado, compró un terreno y ha edificado en él una casa. Creo que si no le hubiera hablado, toda esa suma habría sido gastada en festejos ó en los clubs, ó en contribuciones para ligas obreras. Los ojos de ese hombre están ahora abiertos, su posición social le ha elevado, ve y siente como nosotros, y ha de influir en otros para que sigan su ejemplo."

De lo que hemos dicho, se desprende que no puede haber duda por lo que respecta á la posibilidad de que una gran parte de las clases de operarios que están mejor remunerados puedan acumular economías. Cuando se les ocurre un idea sobre cualquier asunto, no tienen dificultad en encontrar el dinero necesario. Un solo pueblo en el condado de Lanca contribuyó con treinta mil libras esterlinas para sostener á los compañeros obreros cuando estaban en huelga en otro pueblo vecino. En la época en que no hay huelgas, ¿porqué no han de ahorrar igual dinero por cuenta propia, y para su misma comodidad permanente? Muchos operarios ahorran ya con ese propósito, y lo que hacen unos cuantos podrían hacerlo todos. Nosotros sabemos de un grande establecimiento mecánico, — situado en un distrito agrícola, donde son pocas las tentaciones para hacer gastos inútiles, — en el que casi todos los hombres son económicos por hábito, y han ahorrado sumas que varían desde doscientas hasta quinientas libras esterlinas cada uno.

Muchos operarios de fábricas, con sus familias, podrían economizar fácilmente de cinco á diez chelines semanales, lo que en unos cuantos años produciría sumas considerables. Hace muy poco tiempo que un operario de Darwen sacó sus ahorros del banco para comprar una hilera de cabañas, que ahora son propiedad suya. Muchos otros, en el mismo lugar, y en los pueblos vecinos, están ocupados en construir cabañas para ellos mismos, algunos por medio de cuotas en las sociedades

constructoras, y otros por medio de sus economías acumuladas en el banco.

Un operario convenientemente vestido, que estaba haciendo un pago un día en el banco de ahorros de Bradford, con lo cual llegaba su depósito como á ochenta libras esterlinas, refirió al gerente cómo había sido inducido á ser imponente. Había tenido la costumbre de beber, pero habiendo encontrado casualmente un día la libreta de banco de su mujer, por la cual se informó que había ahorrado unas veinte libras, se dijo á sí mismo: "Bien, pues si esto se puede hacer mientras yo gasto, ¿qué no podríamos hacer si los dos ahorráramos?" El hombre abandonó la bebida, y se hizo una de las personas más respetables de su clase. "Todo lo debo, dijo, á mi mujer, y al banco de ahorros."

Cuando operarios que están bien retribuidos como este, pueden acumular un capital suficiente con sus ahorros, debieran abandonar gradualmente el trabajo pesado, y abandonar el campo de la competencia conforme entran en la edad madura. Debieran dejar también su puesto á hombres más jóvenes; y evitar el ser vencidos y echados á una labor menos remunerada. Después de los sesenta años le falta al hombre la fuerza física, y para esa época ya debiera haber hecho su provisión para sostenerse independiente. Ni son tampoco raros los casos de que los operarios guarden dinero con ese propósito, probando con ello lo que podría hacer toda la clase, en mayor ó menor escala, en el mismo sentido.

La amplitud con que los bancos de peniques han sido usados por las clases más pobres, donde quiera que se les ha establecido, nos proporciona un ejemplo sorprendente de cuanto se puede hacer con sólo proveer oportunidades mayores para la práctica del ahorro. El primer banco de peniques fué establecido en Greenock, hace unos treinta años, como auxiliar de los bancos de ahorros. El objeto que se propuso el autor del proyecto (sir J.-M. Scott) era facilitar á las personas pobres, cuyas economías alcanzaban á menos de un chelín (minimum de los bancos de ahorros) el poder depositarlas en lugar seguro.

En un año colocaron como cinco mil imponentes unas £ 1.580 en la institución de Greenock. El estimable sir Queckett, cura en el extremo oriental de Londres, abrió en seguida un banco de peniques, y los resultados fueron notabilísimos. En un año se hicieron nada menos que 14.513 depósitos. El número de los imponentes fué limitado á 2.000, y los pedidos para admisión eran tantos que generalmente había muchos esperando hasta que ocurrian vacantes.

"Algunos ahorran para sus alquileres, — dijo el señor Queckett, — otros para ropa y aprendizaje de sus hijos, y diversos son los objetos pequeños á que han de ser aplicados los ahorros. Todo pago pasa por mis manos, lo que da más oportunidad de oír sobre enfermedades, pesares, ó cualquiera otra causa pequeña que compele á retirar el capitalito. Es, además, un alimento para los bancos de ahorros más grandes, á los cuales pasan muchos, cuando los pagos semanales hechos exceden la suma prevenida. Muchos de aquellos que al principio apenas podían adelantar más allá de un penique por semana, pueden depositar ahora una moneda cualquiera de plata."

Jamás ha sido empleada más sabiamente la influencia moral del sacerdote que en este caso. No muchos de aquellos á quienes el señor Queckett trabajaba así para que aprovecharan, pertenecían á la clase de personas que van á la iglesia; pero al ayudarles á ser frugales, y mejorando su condición física, pudo elevar gradualmente sus gustos sociales, y despertó en ellos una vida religiosa á la que el mayor número habían sido antes ajenos.

Un poderoso impulso fué dado después á este movimiento por Mr. Carlos W. Sikes, cajero de la compañía de Huddersfield, quien abogó por su establecimiento en conexión con la extensa organización de los institutos de mecánicos. Le pareció que educar á los operarios cuando jóvenes, con hábitos de economía, era de más valor práctico para ellos, y de mayor importancia para la sociedad, que llenarles la cabeza con el contenido de muchos libros. Señaló el uso pervertido que del dinero hacían las clases trabajadoras como uno de los mayores

males prácticos de esta época. En muchos casos, añadió, cuanto más elevados son los salarios de los obreros, tanto más pobres son las familias, y estos son los que en realidad forman las clases descontentas y peligrosas. ¿Cómo puede una persona semejante tener interés por un saber puro y que enaltece

Para probar la prodigalidad del pueblo, mencionó Mr. Sikes el caso siguiente: "Un patrón distinguido en el distrito occidental, dice, cuyas fábricas difícilmente han dejado de trabajar una semana durante un cuarto de siglo, ha examinado hace pocos días el importe del salario que ahora se paga á sus empleados y lo ha comparado con el que se pagaba hace algunos años. Tuvo el placer de reconocer que el mejoramiento de las máquinas había producido el mejoramiento de los salarios. Sus tejedores ganan unos veinte y siete chelines por semana. En muchos casos trabajan sus hijos en la misma fábrica, y en algunos sus mujeres, y á menudo la suma que alcanza la familia es de ciento á ciento cincuenta libras esterlinas anuales. Al visitar las habitaciones de algunos de estos hombres, ha visto con sentimiento y desengaño el aire de completa falta de comodidad y desaseo de que muchas están llenas. El aumento de ingresos no ha conducido más que al aumento de imprevisión. El banco de ahorros y la sociedad constructora son igualmente olvidadas, aunque en la misma fábrica hay algunos que no tienen salarios más elevados, cuyas habitaciones poseen todo el *confort*, habiendo ahorrado además su pequeño capitalito. Creo que fué en Bradford donde un patrón munífico abrió en una ocasión setecientas cuentas en el banco de ahorros para sus operarios, pagando una pequeña cuota por cada uno. El resultado no fué satisfactorio. Pronto fué sacada una parte de las pequeñas sumas, y muy pocas quedaron como nucleo para ulteriores depósitos" (1).

Mr. Sikes propuso que cada instituto de mecánicos nombrara una comisión provisoria de bancos de ahorro, para que se

(1) Del excelente manual de Mr. Sikes, titulado «Los buenos tiempos, ó el banco de ahorros y la chimenea.»

reuniese una vez por semana con el objeto de recibir depósitos de los socios y de otros.

"Si en cada institución, decía, adoptara una comisión este proceder, cuánto estímulo produciría el resultado al tomarse un interés en sus circunstancias humildes, y en sugerir con espíritu bondadoso y simpático, en invitar, y más aun, en catequizarlos no solamente con leer la lección, sino formando el hábito de verdadera economía y confianza propia (las más nobles lecciones para que pudieran formarse las clases). Una vez confirmados en mejores costumbres, puestos sus pies con firmeza en el sendero de la confianza de sí mismo, ¿cuán generalmente crecerían los jóvenes con la convicción práctica de que para conseguir su propio bienestar social deben propender al adelanto de su inteligencia y de sus virtudes!"

Este admirable consejo no fué perdido. Una institución después de otra adoptaron el plan, y se establecieron bancos de ahorros poco después, en conexión con los principales institutos de mecánicos en todo el condado de York.

Aquellos que se establecieron en Huddersfield, Halifax, Bradford, Leeds, y York, tuvieron un éxito sumamente satisfactorio. Los bancos de peniques establecidos en Halifax consistían en un banco central y siete sucursales. El número de socios, y el promedio de las sumas depositadas en ellos, continuaron aumentando todos los años. En Bradford se establecieron catorce bancos de peniques, y después que los imponentes habían contraído el hábito de llevar sus economías á bancos más pequeños, las llevaron en masa á los bancos de ahorros comunes.

En Glasgow y sus alrededores se establecieron treinta y seis bancos de peniques. La comisión decía en su informe que se les consideraba á propósito "para poner un freno á ese atollado gasto de pequeñas cantidades que tan á menudo conduce á un hábito fijo de despilfarro y de imprevisión," é insistía en recomendar el apoyo de los bancos de peniques, como los mejores medios de extender la utilidad de los bancos de ahorros. Se calcula que el banco de peniques establecido en la

pequeña aldea de Farnham ha contribuido en pocos años con ciento cincuenta imponentes regulares en el banco de ahorros del mismo lugar. El hecho de que una proporción tan grande como la de dos terceras partes de toda la cantidad depositada es retirada en el año, demuestra que los bancos de peniques son usados principalmente como lugares de depósito seguro para pequeñísimas sumas de dinero, hasta que se las necesita para algún objeto especial, tal como alquiler, ropas, ajuar, la cuenta del médico, y otras cosas por el estilo.

Así resulta que el banco de peniques es en realidad el bolsillo del hombre pobre. La gran masa de los depósitos son pagados en sumas que no exceden de seis peniques, y el promedio del todo no excede de un chelin. Los imponentes son de los miembros más humildes de la clase trabajadora, y con mucho el mayor número de ellos nunca han tenido la costumbre de depositar ninguna parte de sus ganancias. El reverendo Clark, de Derby, que tomó un interés muy activo en la propaganda de estas útiles instituciones, ha dicho que una décima parte de toda la suma recibida por el banco de peniques de Derby fué depositada en monedas de cobre, y una gran parte del resto en piezas de tres y de cuatro peniques.

Es claro, pues, que el banco de peniques está al alcance de una clase de personas de cortísimos recursos, cuya facilidad de economizar es mucho menor que la del operario que recibe un salario crecido, y si el dinero fuese dejado en poder de esas personas, en la mayor parte de los casos lo gastarían en la taberna más inmediata. Por esto, cuando se estableció un banco de peniques en Putney, y fueron sumados los depósitos al terminar el primer año, observó un fabricante de cerveza que formaba parte del directorio: — “Bien, eso representa treinta mil cuartillos de cerveza que *no han sido bebidos*.”

En uno de los bancos de peniques del condado de York, se vió que un anciano que recibía socorros municipales, usaba del banco de peniques como un lugar de depósito para sus peniques hasta que hubo reunido lo suficiente para comprarse una levita. Otros ahorran para comprar un reloj de ocho días

de cuerda, ó un instrumento musical, ó para hacer un viaje en ferrocarril.

Pero los principales sostenedores de los bancos de peniques son los muchachos, y este es su rasgo más halagüeno, porque de los muchachos se hacen los hombres. En Huddersfield van muchos de los muchachos en grupos desde las fábricas hasta los bancos de peniques, estimulándoles tanto la emulación como el ejemplo. Ahorran con varios propósitos, uno para comprar una caja de herramientas, otro un reloj, el tercero una gramática ó un diccionario.

Un día se presentó un muchacho para sacar una libra esterlina y diez chelines. Según el reglamento del banco de peniques, hay que dar aviso con una semana de anticipación para que pueda retirarse una suma que pase de veinte chelines, y el cajero dudaba en hacer el pago. “Bien, dijo el muchacho, la razón es esta, mi madre no puede pagar el alquiler; yo voy á pagarlo, porque mientras yo tenga algo, ella ha de tener también.” En otra ocasión sacó un joven veinte libras esterlinas, para desempeñar á su hermano que se había enganchado. “Mi madre está tan afligida, dijo el joven, “que se va á morir de pena si no es libertado, y eso no lo puedo soportar.”

Estas instituciones dan así ayuda y fuerza en muchos casos y además de poner á los jóvenes en aptitud de evitar las deudas y pagar honradamente su camino, les proporciona los medios de ejecutar actos bonbadosos y generosos en las épocas de pruebas y en las dificultades de la familia. Es un rasgo admirable en las escuelas de pobres el que casi todas ellas tengan un banco de peniques unido á ellas con el propósito de educar á los discípulos en aquellos buenos hábitos, que más necesitan; y es un hecho notable que en un año hayan sido depositadas nada menos que £ 8,000, en 25,637 imposiciones por los discípulos que están en relación con la unión de las escuelas de pobres. Y cuando esto puede hacerse por los muchachos pobres de esas escuelas, ¿qué no podría realizarse por los operarios y mecánicos de Inglaterra que gozan crecidos salarios?